

LA COLINA DE LAS PIEDRAS BLANCAS

LA COLINA DE LAS PIEDRAS BLANCAS

JOSÉ L. GIL SOTO

Styria

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

© 2008, José Luis Gil Soto

© 2008, Styria de Ediciones y Publicaciones S. L.

Muntaner, 374 ático - 08006 Barcelona

www.styria.es

Primera edición: abril de 2010

LA FOTOCOPIA MATA AL LIBRO

Diseño de cubierta: Santiago Rodés

Maquetación: Santiago Rodés (www.media-circus.com)

ISBN: 978-84-92520-53-4

Depósito Legal: M-13352-2010

Impreso y encuadernado por Palgraphic S.A

Impreso en España – *Printed in Spain*

ÍNDICE

Prólogo	13
Primera parte. El Galeón <i>San Marcos</i>	15
Segunda parte. Drake.....	83
Tercera parte. Irlanda	137
Cuarta parte. La venganza	279
Epílogo	315
Nota del autor.....	317

*A Carmen, que nació con esta novela.
Y a mis hermanos: Alfonso y Jesús.*

Famosa Armada de estandartes llena,
Partidos todos de la roja estola;
Árboles de la Fé, donde tremola
Tanta flámula blanca en cada entena.

Selva del mar, á nuestra vista amena,
Que del chiristiano Ulíses la fé sola
Te saca de la márgen española
Contra la falsedad de una sirena.

Id y abrasad el mundo, que bien llevan
Las velas viento y alquitran los tiros,
Que a mis suspiros y á mi pecho elevan.

Seguras de los dos podréis partiros,
Fiad que os guarden y fiad que os muevan;
Tal es mi fuego y tales mis suspiros.

Lope de Vega

PRÓLOGO

Este relato no es fruto de fábula, sino historia tan real como mi propia existencia, y si no fuera porque soy vivo para contarla a vuestras mercedes, nadie podría darla por cierta. No hay día de mi vida que no termine preguntando al Creador por qué me conservó la vida en aquella jornada, qué espera de mi persona después de haber visto tan de cerca la muerte y qué destino me tiene asignado para pagar mi deuda.

Mi nombre es Rodrigo Díaz de Montiel, natural de Toledo y vecino de ninguna parte. Soy hijo legítimo del capitán don Alonso Díaz y parcial de don Álvaro de Mejía, a quien debo mi honor y mi espada, pues fue él quien suplió con creces el amparo que mi fallecido padre tenía que haberme prodigado, si Dios no lo hubiese reclamado a su vera tan prematuramente.

Cuando, transcurrido el tiempo, alguien se pregunte qué ocurrió con nuestra Armada, aquélla que se dio en llamar Grande, Felicísima y luego —no con poca chanza— invencible, tal vez queden escasos testigos que puedan contarlo; o quien haya dejado testimonio escrito habrá narrado las desventuras de los que regresaron sin haber pisado tierra. Pero nadie, salvo unos cuantos elegidos, podrá contar qué ocurrió cuando la ira de Dios nos empujó contra las rocas y fuimos a dar en tierras de salvajes, que saciaron con nuestra sangre su sed de venganza, y segaron las vidas de nuestros soldados sin el menor remordimiento.

Con estas páginas regalo al fin los pensamientos que me tuercen el sueño cada noche y me veo libre de la carga que echaron sobre mí tan disparatados hechos. Tenga pues el lector la certeza de que no me guardo ni uno sólo de los agravios que nos hicieron, ni dejo para mis adentros mi propia historia, tan triste como la que acaeció a la flota del rey don Felipe segundo, nuestro señor, cuando aquel año de mil quinientos y ochenta y

ocho determinó dar guerra por mar al hereje, y nos envió con Dios y con nuestras armas a enfrentarnos a Inglaterra.

Juzguen vuestras mercedes si a veces los designios del Señor son difíciles de comprender, y vean si en aquella empresa estuvo o no de parte de Su Majestad Católica. Harto he meditado sobre ello y he alcanzado a entender que al menos lo estuvo de la mía, pues vino a darme la oportunidad de vivir; lo cual no he sabido nunca si fue un premio o un castigo; pero conservé, voto al Cielo, el gajnate tan íntegro como lo traje a este mundo.

PRIMERA PARTE

EL GALEÓN *SAN MARCOS*

1

Eran hombres valientes, pero lloraban, gemían, se orinaban encima y luego morían ahorcados, degollados o apedreados. Todas ellas son formas indignas de morir para un hidalgo español, pero así ocurrió en aquellas enseñadas del diablo, ahogados los gritos por el rugir de una mar embravecida, como si una mano perversa la empujase contra nuestros barcos. Gritaban asustados llamando a Dios y pidiendo clemencia cuando las olas los arrastraban hacia las profundidades del océano, antes de morir ahogados; o cuando los salvajes los apedreaban en las costas y les abrían los cráneos después de haberlos desnudado para robarles las ropas a las que llevaban cosidos doblones de oro y plata, cobrados en Lisboa antes de zarpar, como adelanto de dos pagas que nuestro rey don Felipe había dispuesto para la Armada.

Amputaban sus dedos para no perder tiempo en extraer los ricos anillos adornados con piedras preciosas, les arrancaban las cadenas que llevaban al cuello con crucifijos y vírgenes de media España, y los dejaban luego en los pedregales o en la arena sin que nadie pudiera darles cristiana sepultura. Venían las aguas y a muchos de ellos se los tragaban para no volver a aparecer.

La mayor parte de las muertes —y las más crueles— fueron provocadas por los soldados ingleses y por los nativos irlandeses a sueldo, todos ellos actuando sin compasión y cobardía, manchando sus manos con sangre de españoles indefensos, sin más armas que verse hambrientos, flacos, ateridos de frío y muertos de cansancio.

Sucedió en septiembre del año del Señor de mil quinientos ochenta y ocho, fecha en la que miles de casas se vistieron de luto en España, pues no hubo hogar, ya fuese noble o plebeyo, que no tuviese que lamentar la

muerte de uno de los suyos. Y yo no puedo olvidarlo, pues fui testigo de todo ello, lo vi con mis propios ojos, me martiricé con los gritos de mis compañeros, padecí frío, hambre, golpes y miseria; y lo llevo grabado en la memoria por siempre.

Todo empezó cuando al fin, después de mucho tiempo de espera y titubeos, el rey don Felipe, nuestro señor, tomó la decisión de ir contra Inglaterra: ese nido de piratas, corsarios y herejes que venían hostigando nuestras flotas de Indias por todo el Atlántico, expoliando tesoros que ponían a los pies de su reina. Aunque en realidad ése no era el único motivo para la guerra: Isabel Tudor apoyaba y financiaba las campañas de Flandes contra nuestros tercios y masacraba a los católicos ingleses y escoceses. Incluso había mandado ajusticiar a la reina de Escocia, María Estuardo, aliada de nuestro rey. Y todo, en conjunto, era motivo más que suficiente para sojuzgar a quien había de rendirnos pleitesía.

Se encargó la empresa de armar la flota al granadino don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, héroe de Lepanto y capitán general del Océano. Para la ocasión, el rey lo había nombrado Almirante, y a él encomendó lo mejor de su flota y de su infantería.

El marqués se quejaba de que su señor no atendía todas sus peticiones, tal vez porque requería para sí un ejército imposible. A pesar de todo, surtió efecto el reclutamiento y funcionaron las levadas, se movilizaron las atarazanas de Barcelona, los almacenes de Cartagena y Málaga y los puertos de todo el Mediterráneo, incluyendo los de Nápoles, Ragusa y Génova.

Nos dimos cita en Lisboa casi tres mil hombres del tercio de Sicilia, a cargo de don Diego Pimentel; más de dos mil seiscientos del tercio de don Francisco de Toledo; dos mil ochocientos del tercio de don Agustín Mejía, pariente de mi capitán; más de dos mil del tercio de don Nicolás de Isla o tercio de la Armada; dos mil trescientos de compañías sueltas, a las que denominábamos de Extremadura, por venir la mayor parte de sus hombres de aquellas tierras; casi mil quinientos en diez compañías portuguesas; ochocientos entretenidos, aventureros y criados de pelea; y otros tres mil de nuestro tercio, el de Nápoles, al mando de don Alonso de Luzón.

A estos hombres había que sumar los siete mil quinientos marineros armados, duchos en abordajes y hombres de gran pericia en la labor, con lo que sumábamos más de veinticinco mil la gente de cabo, de los que dieciocho mil éramos de guerra y siete mil quinientos, como he dicho,

de mar. Era digno de verse tan imponente ejército, repartido entre Lisboa, Setúbal, Cascais y otras poblaciones cercanas. Una buena parte se ubicaba en los castillos de Almada y Lisboa, pero también en grandes campamentos a las afueras y en el propio puerto, donde todo era un continuo ir y venir de maestros, pilotos, condestables, cómitres, marineros, grumetes, pajes... Un maremagno de tercios, compañías y camaradas, con sus insignias diferentes pero con el común elemento que era la cruz de Borgoña bordada en rojo, identidad de nuestra nación, y temida en todo el mundo.

Acudieron nobles de toda España, en busca de una gloria que ensalzaría su posición, o que serviría para encumbrarlos a puestos de relevancia en la Corte. Incluso, muchos se ofrecían para encontrar prestigio posterior en sus pueblos y ciudades, donde sus hermanos mayores, los mayorazgos, habían quedado como administradores de las haciendas familiares mientras a ellos sólo quedaba el clero o la milicia. Con todos nos cruzábamos en el puerto, en las tabernas o en el campamento. Aunque podían contarse por centenares, o aun por miles, puedo citar a hombres principales con los que alguna vez llegué a tener algún contacto, y cuyo recuerdo permanecerá siempre intacto. Así, no olvidaré nunca a don Alonso Ladrón de Guevara, don Gaspar de Sandoval, don Pedro de Guzmán o los hermanos Ponce de León. Tampoco puedo dejar de mentar a don Martín Cortés, hijo del ilustre don Hernando, conquistador de la Nueva España, el cual se embarcó con nosotros en busca de un reconocimiento que no tuvo antes. Y a don Lope de Vega y Carpio, que nos deleitó una noche de borrachera con poesías e ingenios. Y así tantos y tantos a los que me referiré a lo largo de esta historia, los cuales tuvieron dispar suerte en este episodio que ahora relato; pues algunos fueron por gloria, y a fe que la obtuvieron: la gloria de verse por toda una eternidad al lado del Padre.

2

Había mucha muerte en aquel barco, aunque ninguno de nosotros podía imaginarlo aún. Miraba su silueta en la noche y veía la oscura sombra de sus mástiles proyectada sobre el río. Más allá, hacia el estuario del Tajo, se extendía un sinfín de navíos preparándose para zarpar. El puerto dormía en total desorden, cubierto de jarcias, velámenes y aparejos. Olía a brea, carne en salazón y pescado en salmuera, y sólo de vez en cuando subía la brisa del cercano Atlántico para bañarnos con aroma de mar. Los toneles llenos de agua, vino, tocino, galletas y bizcocho, estorbaban por todas partes, y sus figuras se asemejaban a frailezuelos inmóviles, apostados a lo largo del muelle, donde dormitábamos sin sobresaltos algunos soldados de los tercios del rey.

Tiritaba de frío al despuntar el alba, a escasos pies del agua, donde se encontraba amarrado nuestro barco. Era el *San Marcos* un galeón imponente, con su doble cubierta y sus altos castillos, aunque el aspecto que lucía no fuera el de un navío a punto de hacerse a la mar, pues ni los cañones que habían de tronar en batalla, ni los víveres para la travesía, habían sido cargados aún. Era más que evidente que necesitaba la dedicación de los carpinteros y calafates, y que su obra viva no estaba en las mejores condiciones para navegar.

A decir de algunos, las cosas se estaban haciendo demasiado deprisa. Pero el rey, que habitualmente se mostraba prudente y lento en sus decisiones, quería ahora que la Armada se hiciese a la mar cuanto antes, bien para que nuestro ataque fuese una sorpresa, bien para aprovechar el apoyo que tenía del Santo Pontífice, de los católicos de Inglaterra y de una parte importante de Francia. Sea como fuere, los preparativos se habían acelerado, pero cada vez que la partida parecía inminente, venía

Santa Cruz a aplazarla temeroso; y así lo hizo en varias ocasiones, siempre con la esperanza de que los medios fuesen más y mejores en cuanto a hombres, víveres, barcos, armas y pólvora.

Lo cierto es que estábamos allí, soportando el frío del invierno junto a los barcos de la Armada. Los mejores hombres de los tercios, sin contar los que a esas horas servían en Flandes a las órdenes del duque de Parma, esperábamos embarcarnos en compañía de los más hábiles marinos del mundo. Miré a mi alrededor y vi a mis compañeros —los hombres de don Álvaro de Mejía— dormir plácidamente sobre jergones; más allá, junto al galeón *San Pedro*, acampaban algunos del tercio Viejo de Sicilia; y algo más lejos, tras los toneles que iban a embarcarse en el *Florenzia*, pude ver cómo hacía guardia uno de los piqueros del tercio de don Nicolás de Isla.

La noche había sido tranquila. Salvo algún ronquido, o el habitual movimiento de hombres en los cambios de guardia, no había sucedido nada extraño. Sin embargo, a última hora de la madrugada, alguien se aproximó a donde me encontraba. No pude distinguir su cara, pero lo reconocí enseguida cuando me dijo:

—Montiel, ¿os habéis enterado de lo del Almirante?

Era don Francisco de Cuéllar, un hidalgo segoviano, recto y cabal, que había acudido como entretenido a la llamada del rey, a la espera de obtener una capitanía cuando fuera posible. Era buen amigo de don Álvaro y nos encontramos con él al poco de embarcarnos en Alcántara, para acudir a Lisboa navegando por el Tajo. Por mi condición de hijodalgo y protegido de don Álvaro, me trató como un igual desde el principio y, a pesar de la diferencia de edad, enseguida había surgido entre nosotros una sincera amistad.

—No, señor, ¿qué ocurre con el Almirante?

—Dicen que le han dado la extremaunción. Esta empresa se lo va a llevar por delante —masculló lamentándose—. Nos quedamos sin cabeza.

Hizo una pausa para mirar a un lado y a otro, como queriendo buscar a alguien en la oscuridad, y luego dijo:

—¿Dónde está Mejía?

—Don Álvaro está arriba, en el castillo —respondí mientras sopesaba las palabras de don Francisco. Si el marqués de Santa Cruz fallecía, las cosas se iban a complicar bastante.

—Si vuelve y aún no se ha enterado, díselo de mi parte. Que vaya echando cuentas y disponga de vuestras mercedes como mejor convenga

—dijo mientras movía la cabeza en dirección a mis compañeros—, y que tenga presente que no zarpamos ni en dos meses.

El asunto no era baladí. Si nos quedábamos sin el marqués se retrasaría de nuevo nuestra partida. Y no hay ejército en el mundo capaz de soportar tan dilatada espera, viendo cómo se consumen los víveres, se agota la paciencia y menguan las compañías por las deserciones y las enfermedades propias de tan mala vida.

Quise hacer partícipes de la noticia a mis camaradas, así que los zarandéé uno a uno, susurrándoles lo que me había dicho don Francisco.

—¡Montiel! ¡Voto a Dios! ¿Se puede saber qué ocurre? —me reprochó Pedro de la Vega, un andaluz de Osuna con mal despertar, que era capaz de no dormir en varias noches, pero una vez dormido caía preso de un letargo del que parecía no poder recuperarse nunca más.

Enseguida fueron levantando sus cabezas otros muchos hombres de otras escuadras, e incluso los que podía distinguir al fondo del puerto comenzaron a dar pábulo a la noticia. Rápidamente se extendió el rumor y se hicieron conjeturas, hasta que se dieron en tergiversar las palabras de Cuéllar y las más propias:

—¡Que se ha muerto Santa Cruz! —gritó un coselete de nuestro tercio.

A lo que otro respondió:

—¡Ca! ¡Si se hubiera muerto habrían tocado las campanas de toda Lisboa!

Y en ese momento comenzaron a tañer las campanas de la catedral en señal de duelo. Le sucedieron otras muchas, hasta que Lisboa entera, en el amanecer helado del nueve de febrero del año del Señor de mil quinientos ochenta y ocho, fue una sola campana resonando en los oídos del rey don Felipe. Su empresa más ambiciosa sufría un serio contratiempo: había muerto el mejor de sus marinos.